

abismo de la muerte. Sin embargo, que un hombre de bien no llene más fin trascendental que *batir el record* (manes de Cervantes, huido desparvoridos), pareceme algo humillante para el rey de la creación.

Leemos en muy respetables autores y encontramos en el archirespetable *Génesis* que las especies animales han sido criadas por el Autor del universo, con el encargo de servir al hombre. En nuestra época hemos variado de estilo, y animales vemos por ahí que son servidos, regalados y mimados y hasta tiernamente besados por sus dueños, en premio de que, teniendo cuatro patas, hicieron la gracia y el milagro de moverlas. Nuestra época, que posee la sal de Dios para inventar nombres, ha discurrido este, delicioso: *hombres de caballo*, que son los que se pasan lo más florido de la mocedad y lo más achacoso de la vejez pendientes del rabo de un *poney* ó pensando en suprimir dos centímetros de cuero en las guarniciones del *tandem* que guían...

Ningún escritor pedagógico, es cierto, ha dejado de recomendar los viriles juegos que por *sport* se conocen. ¡Es bueno, es excelente, montar, cochar, cazar, *alpinistear*, correr, remar y hasta bailar la mazurca!, con tal que no se haga una religión de estas habilidades. Conviene tener músculos, y también seso; conviene andar, y no conviene menos pensar y discurrir. Una cosa debe decirse en detrimento del *sport* tal cual hoy se practica en España: y es que no da frutos (ó no los vemos). Ni robustece los cuerpos — pues pone grima contemplar á esos consabidos *sportmen*, — ni las voluntades — pues no salen por ahí varones de gran resolución ó iniciativa, ni que en las calzas prietas, verbigracia, de un duelo sepan quedar con lustre, — ni engendra virtudes patrióticas — pues á fe que en Cuba no pululan los voluntarios del *sport*.

Debe reconocerse que esta moda, lo mismo que otras muchas, está prendida con alfileres. No constituye entre nosotros una pasión nacional; no viene de la entraña de nuestro ser. Excepto la bicicleta, el más barato, el democrático, bien podemos decir que los demás *sports* no arraigan: me refiero á los modernos, á los importados. Claro está que el español no necesitó las auras del Támesis para montar soberbios potros, cazar, correr liebres, tirar á la barra, jugar á la pelota y á los bolos, y nadar como un pez en los puertos y en los ríos. Guiar ya no era tan común, y se solía dejar á los cocheros este cargo; el *yachting* y la boga fueron patrimonio de la gente de mar, y no obstante, señoreamos el Océano cuando nuestros magnates no tenían *yachts*, pero sí flotas para el servicio de la patria; el alpinismo se ignoraba, pero ¡flojas marchas las de nuestros tercios, y apenas si les sobra coraje á los soldados españoles para desalojar de sus posiciones al enemigo, gateando monte arriba, aunque fuese por el filo de un cuchillo ó por las mismas nubes!

En suma, el *sport* es una moda á que sólo rinden tributo los muy desocupados, los millonarios, ó los que viven como si lo fuesen. Cuando se verifiquen en Madrid carreras de caballos, trataré de describir el frío, el aburrimiento que en ellas se respira. Será un cuadro de tintas grises, donde sólo se destaquen los colores crudos del traje de los *jockeys*. No he visto diversión que menos divierta, ni que le sea más indiferente á la multitud. Todo el regocijo de los toros es en las carreras incuria y caimiento. España no se ha enterado del *sport* hípico. En cuanto al alpinismo, los que subimos á las montañas no más que por el gusto de subir y de respirar aire purísimo, constituimos una excepción algo tildada de extravagancia. Por lo que hace al *tennis* y al *foot ball*, quien los ha visto jugar en Inglaterra no los conocerá en España. Se diferencian como un vals de un *minuet* empolvado y encasconado, ó como un fandango de un entierro. Aquí falta el *entrainement*.

¿Qué se deduce de lo expuesto? Que en España no hay *sportmen* al estilo inglés, ó por lo menos sigue habiendo los que hubo desde el año de la nanita; los buenos acosadores de osos, los corredores de liebres, los jinetes gallardos, los diestros y firmes honderos, de quienes procede el *pelotari*... La exactitud de mi afirmación se demuestra con sólo reparar cómo y á quiénes dan los diarios ese nombre de *sportmen*, que muchas veces desfiguran grotescamente y usan en plural cuando debe ser en singular, de suerte que leemos párrafos del tenor siguiente: «Ayer han contraído matrimonio en la capilla del Desengaño la bellísima señorita de Angulez y el conocido *sportman*» vizconde de la Riendalarga. Deseámosles una eterna luna... y lo que sigue. ¡El nombre es tan peregrino aquí como la entidad á que se aplica! Crean ustedes, apenas hayan fijado los ojos en el párrafo relativo al consabido desposorio, que ni el novio es *sportman* ni es cosa alguna, y que por no saber qué calificativo soltarle le han soltado ese.

Sí; por regla general, de cien casos en noventa y nueve, cuando hay que llamarle *sportman* á un hombre, es que no se le puede llamar ninguna otra cosa de este mundo. Si yo perteneciese al sexo que desempeña todos los cargos, puestos y oficios, me enfurecería con quien me dijese *sportman*, que sería tanto como decirme en buenas palabras ocioso, vago de real orden, socio honorario del Inútil Club, y excrecencia ó berruga social. Al poner á alguno de *sportman*, en la mente del periodista se ha enlazado esta serie de razonamientos: «Tenemos á un *punto* que ni lee, ni escribe, ni esculpe, ni labra la tierra, ni lleva la contabilidad de una casa, ni siquiera tornea de afición... ¿Qué diablos le pondré? El *acaudalado*... No, porque consta que no tiene un real partido por medio. El *inteligente*... No, porque se reirían hasta los guardacantones. El *simpático*... Suenan mal la palabreja. ¡Idea salvadora! Creo haberle visto una vez en las carreras de caballos y otra en la contrabarrera de la Plaza... Además lleva las levitas bien cortadas y á la última... Hágote *sportman*».

Este raciocinio por exclusión es sin género de duda el que dió origen á que aparezca entre nosotros la casta nueva de los *sportmen*, que podrá, vista de muy lejos, desde Inglaterra, pongo por caso, hacer cierta ilusión, y figurar que el britanismo ha cundido y puesto su silla en España.

A pesar de que creo que el *sportman*, hoy por hoy, es algo como un ente de razón entre nosotros, no he de negar que existen, en corto número, eso sí, los *hombres de caballo* y hasta los *hombres de cuadra*. Hay en Madrid quien no vive ni respira sino para sus coches, troncos, caballerizas y guadarnés. El año se les va á estos pocos en meditar cómo sacarán, en las próximas carreras, el más lucido tren, el *mail* más nuevo, las libreas más genuinas. Todo cuanto se oye por ahí de lo que varían sus atavíos las mujeres, es flor de cantueso para lo inconstante de la moda en caballos y coches. Una hebilla diferente, un botón plano ó redondo, un resorte más ó menos, son delitos de lesa moda en esto de carrocería. Trenes que á primera vista nos parecen magníficos á los profanos, están para los inteligentes muy anticuados y feos, y reconozco con humildad que me puse colorada de haber elogiado una (á mi entender) preciosa carretela á la gran Daumont, con sus bonitas libreas de raso y sus blancos peluquines, cuando vi la suma de solecismos y de errores que había en la tal carretela, según el parecer de los peritos y maestros en tan arduo asunto.

¡Cuarte sobre todo, si no sois profesores, con alabar á los caballos! Un caballo de lujo es como una mujer hermosa: que por hermosa que la supongáis, ha de tener, á la fuerza, alguna falta, sobra, maca ó tacha esencial, si ya no es que tiene una docena. Si se os ocurre decir primores de un caballo y no añadir que hay este pero y aquella manzana, ya os habéis caído del pedestal. Además, un caballo de lujo es (también como una mujer extremadamente bella) objeto delicado, frágil, que demanda cuidados exquisitos. El dueño de un tronco de mérito y precio no puede usarlo sino para ir por ciertas calles, siempre las mismas, con un itinerario fijo como el de la procesión del Corpus, sorteando ciertas cuevas, evitando la mayor parte de las calles, observando de qué lado sopla más fuerte el Guadarrama, para que los nobles animales no expongan á él su pecho húmedo de sudor. Para los usos y necesidades de la vida, las tiendas, el club, las casas de los amigos, el teatro, etc., hay otros troncos, de resistencia y utilidad. Estos tan estimados sólo son de aparato y respeto, como las camas de *parade*, pues se les mira lo mismo que si fuesen los bridones que Júpiter uncía á su carro, y

...cuyas crines
oro resplandeciente parecían,
y duro bronce el casco sonoro;

ó más bien aquellos otros por siempre memorables, que guiaba Automedonte, cochero de Aquiles,

...Janto y Balio
que en correr á los vientos igualaban,
del Zéfiro nacidos y la Harpía
Podarga, que del mar en la ribera
pacía descuidada, cuando vista
por el Zéfiro fué...

¡Ah! Los sacros caballos de la *Iliada* servían para ganar batallas...

De plata y diamantes herraríamos ahora á los bridones que nos prestasen igual servicio, en vez de lucirse dando un paseito por determinada acera de determinada calle de Madrid.

EMILIA PARDO RAZÁN



El famoso pintor inglés Federico Leighton, fallecido en 25 de enero de 1896

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

SPORTMAN, SPORTMEN Y «SPORTMENT»

Aun cuando no falta quien todavía ande renegando de los estilos franceses, la verdad es que si del Oriente vino la luz, de las regiones semipolares viene la moda ahorita mismo. Ha empezado lo británico por la chiquillería (los *babies*, para decirlo en frase ortodoxa) y ha ido subiendo hasta los hombres hechos, derechos y bien barbudos. Las señoras son las que más se defienden de la invasión. Guardan el culto de Francia, permanecen fieles al trapo gracioso, á la instalación ingeniosa, á los hábitos finos, á la molición, á inmaterialidad de la mujer latina: luchan contra el *beefsteak* sanguinolento, contra el zapato duro, contra el paño recio, contra la polaina, contra el sombrero gacho, contra la equitación y la caza y la bicicleta y el patinaje; en suma, contra todo lo que constituye esa manera de ser á la vez hombruna é insípida que se llama *sport*.

La insipidez del *sport* consiste en que propende á fomentar y desarrollar la vida física amortiguando la actividad del cerebro. Yo no censuro el ejercicio, antes soy su decidida partidaria: sólo que lo estimo como *medio*, jamás como *fin*. Esta existencia que hemos recibido de Dios las pobres *cañas pensadoras*, según frase de Pascal, debe de tener algún objeto superior al de que *Bob* (anglonormando puro) adelante en la pista á *Giaour* (mixto de árabe), ó al de que el *yacht* *Nightingale* gane unas cuantas brazas de ventaja al *yacht* *Dove*. No es reprochable (¿qué ha de ser?) todo ese traqueteo y esos afanes que siempre paran en ir más aprisa, más aprisa, como si la corriente del tiempo no nos empujase con harta velocidad al oscuro